



ISABEL RAUBER

**Estrategia y tareas
de los actuales movimientos sociales**

Una síntesis de libro
«Sujetos Políticos»

**Estrategia y tareas
de los actuales movimientos sociales**

ISABEL RAUBER

Este texto es una síntesis realizada por la Fundación
del libro de Isabel Rauber
«Sujetos Políticos»

Agradecemos a la autora
habernos permitido publicar este trabajo

2013 - MANU ROBLES-ARANGIZ INSTITUTUA

Autora
Isabel Rauber

Resumen
Xabi Anza

Fotocomposición
Horrika

Impresión
Bilbograf



www.mrafundazioa.org



INDICE

1. Presentación de la problemática	7
2. Construcción del proyecto estratégico	22
3. Proyecto estratégico y programa político	41
4. Sujeto social, político, histórico	43
5. Nuevo tipo de representación y organización políticas	50
6. Otras tareas estratégicas	56
Dónde descargar el libro	60
Quién es Isabel Rauber	61

INTRODUCCIÓN

El objetivo del libro «Sujetos políticos» es contribuir a la reflexión de la militancia sobre cómo deben articularse los movimientos sociales, la clase obrera y la política para construir una fuerza social y política alternativa al neoliberalismo. Para ello reflexiona sobre conceptos como poder, sujeto social, político e histórico, proyecto, organización, participación electoral, estrategia, etc.

El punto de partida metodológico es partir de lo cotidiano, lo reivindicativo, las demandas sociales, para ir profundizando en lo político, de tal manera que puedan ir enlazándose las construcciones fragmentadas con las definiciones estratégicas.

Ello implica hacernos cargo de los errores y las enseñanzas de las experiencias socialistas del siglo XX: democratizando la vida social e individual, transformando el poder y una lucha ética por la coherencia y la felicidad humana.

1. PRESENTACIÓN DE LA PROBLEMÁTICA

Asistimos a un agravamiento extremo de la contradicción capital-trabajo. El sistema necesita consumir cada vez más recursos y subordinar a los estados y gobiernos mediante la corrupción, la dominación cultural y la represión. Esto ha traído consigo la emergencia de

muchas nuevas luchas (campesinos, pobres, defensa de los servicios públicos, del medioambiente...)

Esta emergencia de luchas nos plantea la cuestión de la fragmentación de la propia clase y obliga a replantear la relación sujeto-clase-pueblo. Articular los diversos actores resulta indispensable en la definición de un proyecto estratégico con propuestas comunes. Y esto no va a ocurrir espontáneamente sino que hay que empeñarse en ello de manera consciente. Y tampoco nos va a venir dado desde arriba, sino que debe irse construyendo día a día en las prácticas concretas.

Los paradigmas emancipatorios clásicos, y las experiencias del este europeo de socialismo real en el siglo XX están en cuestión. Estas se basaron en el economismo y el autoritarismo político, olvidando el camino de la liberación social y la construcción de hombres y mujeres nuevos. Se consideraba que el socialismo debía ser superior al capitalismo en todo, tener más PIB, más producción y, naturalmente, esto traería mayores éxitos. Para ello, pervivió la lógica jerarquizante y subordinadora, profundizando en la enajenación de los seres humanos, lejos de construir una nueva democracia. Esto hace necesario recuperar el concepto de alienación de Marx, dado que es fundamental romper con el funcionamiento del capital, como realidad jerarquizante, subordinante, explota-

dora, discriminadora en saberes y poderes, etc. Hay que ir más allá del capital, y eso debe empezar en los cimientos mismos de la producción.

La desorientación actual está anclada en el fracaso del socialismo real, y reflexionar autocríticamente es parte del quehacer revolucionario. Los errores del socialismo, con todo, han sido muy manipulados por los capitalistas, para vender el actual estatus quo como el final de la historia. Es falso, es una trampa identificar el socialismo real con todo socialismo posible, o el marxismo con la ideología soviética.

Se trata de perfilar una nueva utopía, una nueva civilización, construir un nuevo modo de vida. Y esto requiere un proceso social concreto de enseñanza y aprendizaje, de empoderamiento colectivo, de articulación y construcción de actores, de construcción de propuestas y de organización político-social desde abajo. Ni gradualismo ni toma del poder a toda costa: el objeto es la construcción del poder desde abajo. Rosa Luxemburgo sostenía que acelerarlo todo para tomar el poder era crear una situación artificial. Gramsci, por su parte, insistirá en la necesidad de construir las fuerzas contrahegemónicas, entendiendo que esto supone antes que nada construir la autonomía y la hegemonía propias.

Nueva estrategia de poder

En los 60 había dos concepciones estratégicas: la gradualista y la revolucionaria. Pero ambas aceptaban como válidas varias premisas. Se afirmaba que el socialismo no podía gestarse en el seno del capitalismo, pero paradójicamente, al mismo tiempo, el alto desarrollo del capitalismo constituía una premisa indispensable de la existencia del socialismo. Hoy se hace necesario repensar la teoría según la cual el socialismo no se puede desarrollar en el seno del capitalismo. Los dos sistemas pueden coexistir conflictivamente. La lucha contra la enajenación no ocurre además sólo en lo económico sino que comprende de manera integral todos los modos de vida. Tanto el reformismo como la concepción revolucionaria creían, además, que el cambio en la base económica traerá consigo automáticamente el cambio en la conciencia. Por ello, la decisión de forzar el desarrollo económico fue la puerta de entrada hacia la sustitución autoritaria del protagonismo que debería haber asumido el pueblo y la clase obrera.

Esta fue la orientación de la revolución rusa, y provocó inmensas polémicas (Lukacs, Gramsci, Korsch...). Pese a las reflexiones que estos introdujeron sobre conciencia, democracia o hegemonía, lo que se impuso fue la doctrina marxista-leninista, en la que

el partido suplanta permanentemente el protagonismo de la clase obrera. Lógicamente, la ideología se separa del curso de la historia y de las prácticas, y se convierte en una disciplina interpretativa de los textos sagrados. Este es el perfil más dañino del dogmatismo: creer que existe una teoría completa elaborada al margen de la lucha de clases en la vida real, y medir a los actores y las luchas a partir de esos parámetros teóricos.

Repensar el socialismo supone interrogar a la realidad. Las condiciones tanto del capitalismo como de la resistencia han cambiado. Hoy resulta claro por un lado que es imposible mantener la vieja idea gradual-reformismo, porque no basta transformar la base material económica: el dominio del capital es objetomaterial pero también espiritual y subjetivo, y también en esos terrenos hay que disputar su hegemonía. En relación, por otro lado, con la propuesta revolucionaria, creemos que postergar todo para después de la toma del poder aleja la posibilidad de liberación. La disyuntiva no es tomar el poder o no hacerlo. La sociedad capitalista puede transformarse desde su interior a partir de las resistencias, luchas y construcciones cotidianas. Pero esto supone construir desde abajo la hegemonía política, ideológica y cultural.

Nuevas miradas acerca del poder

La concepción desde abajo supone miradas y prácticas diferentes sobre la política, el poder, la ciudadanía, la sociedad, los protagonistas. Lo político debe convertirse en un ámbito de participación creativa. La política es acumular fuerzas propias para neutralizar o destruir las del adversario, su poder hegemónico y sus medios y modos de dominación. El objeto de la política es modificar la correlación de fuerzas existente. Esto exige cambiar la visión tradicional de la política según la cual se puede construir fuerza política sin construir fuerza social. Así, se reduce la acción política al ámbito partidario, y la acción de los partidos se centra en las luchas por el acceso y control de las instituciones. Nosotros creemos que cambiar la correlación de fuerzas es posible si se articula la construcción de las fuerzas sociales. Sólo una amplia y poderosa fuerza social podrá hacer realidad los caminos de liberación.

Esto cambia la concepción del poder, que no se restringe a lo institucional, sino que abarca, se asienta, se crea sobre el conjunto de relaciones sociales que hoy están regidas por la hegemonía de la clase dominante. El poder, propiamente, no se puede "tomar", porque la hegemonía abarca lo cultural, lo ideológico, la subjetividad, y eso ni se toma, ni conquista ni se decreta,

sólo se construye. Por ello, la polémica entre tomar el poder o construirlo se plantea a menudo sobre ejes falsos. Deben conjugarse ambos espacios, pero con nuevos modos de conjugación entre los movimientos sociales y los políticos.

La acción política debe construir articulaciones entre los diversos actores sociales, sus problemáticas, y las herramientas organizativas, políticas y culturales para hacer posible una amplia fuerza social de liberación. Solamente cuando la mayoría de la población comprenda el fraude del capitalismo con sus propias vidas se planteará la posibilidad de explorar nuevos caminos. Nuestra responsabilidad es ir mostrando alternativas posibles, a través de prácticas y relaciones solidarias.

La construcción de esa fuerza, radica en el pueblo y no en las vanguardias. Esto exige a la izquierda refundar sus organizaciones en instrumentos capaces de realizar las tareas políticas que demanda este momento. El trabajo político, concentrado en reuniones, congresos... no basta, hay que convocar a los miles que no están, para lo cual hay que tener estrategia formativa e informativa, cultural, ética, política e ideológica. Esto exige crear medios propios siempre que sea posible, expresiones artísticas propias.

Las lógicas predominantes en la izquierda además defendían que tener conciencia política implicaba el abandono de lo reivindicativo, para dedicarse a la política partidaria. Las luchas sociales, sin embargo, imprimen un contenido más complejo a la política, sacándola de la lucha partidaria por el control del poder. Este camino demanda participación popular plena, clave para la formación de la conciencia política. Las luchas reivindicativas alcanzan hoy un alto contenido político. La articulación de lo reivindicativo y lo político contribuye a la democratización y ampliación de la participación, y dejar de ser una especulación pensar en un nuevo tipo de poder social que emana directamente de la sociedad.

Entendemos por actores políticos a todos aquellos actores capaces de organizarse con carácter permanente, definir objetivos, proyectar acciones, desarrollar su conciencia política: barriales, sindicales, indígenas, campesinas, mujeres, religiosas... No existe una diferenciación radical entre agentes políticos y sociales. Los agentes políticos, por su lado, no pueden restringirse a partidos, frentes o coaliciones electorales. Los objetivos estratégicos se van construyendo desde lo concreto y no vienen dados del más allá ni de la vanguardia. La conciencia política se nutre del propio

movimiento de resistencia, luchas y construcción de alternativas.

Desde esta perspectiva, el poder es un modo de articulación de un conjunto de relaciones sociales que interactúan en cada momento histórico concreto. Dicho de otro modo, “el Poder resume una determinada relación social de fuerzas (políticas, económicas, culturales, ideológicas), a favor de una clase o sector de clase que resulta hegemónico, que se constituye como síntesis articuladora político-social de las relaciones sociales levantadas a partir de la oposición estructural capital-trabajo, que instaura desde los cimientos mismos el carácter de clase de las interrelaciones entre ellos, de las luchas por la hegemonía y la dominación, y de las de resistencia y oposición a ello. Esto conforma en cada momento una determinada situación de correlación de fuerzas (de clase) a escala de toda la sociedad (...) El Estado, entonces, es solo una parte del poder político.

Gramsci definió como hegemonía el modo de articulación que impone y recrea el tipo de poder. Por ello es preciso atender a los diferentes modos de producir hegemonía y por tanto también de contrahegemonía. Esto requiere participación, porque ésta hace al proceso mismo, y porque la utopía no existe prediseñada, sino que debe ser construida. La participación tam-

co se hace por decreto, sino que precisa tiempo. Construir el nuevo poder, por tanto, supone asumir que no hay un después, sino que lo nuevo se va gestando desde ahora, en un proceso de apropiación del mismo por cada actor social, que va tejiendo puentes con otros actores

El sentido primer y último de la transformación social es la liberación, la superación de la enajenación y no la competencia con el capitalismo. Es deconstruir la dominación y construir nuevos saberes, cultura propia, capacidad organizativa y gobierno de lo propio en el campo popular. La mirada de género dentro de todo esto contribuye a visibilizar la cultura de dominación y rompe las barreras del pensamiento tradicional que separa la cotidianeidad y lo reivindicativo social. No puede haber verdadera democratización si permanecen las relaciones de subordinación.

Participación en parlamentos y gobiernos. La expresión “construir el poder desde abajo” no alude a una ubicación espacial, sino a una concepción y una lógica sobre la formación y acumulación de contrapoder, aunque evidentemente implica un posicionamiento político y social. Por lo tanto, no supone la negación a construir de poder en ámbitos que pueden ubicarse “arriba”. Pero es el “abajo” quien imprime el camino y la lógica sobre como hacerlo. Chávez o Morales no

cuentan con todo el poder para socavar el poder de quienes se oponen las transformaciones, pero tratan de construir sus propias líneas de poder, sean las misiones en Venezuela o las asambleas de base en Bolivia.

No es cierto que es imposible hacer transformaciones siendo gobierno porque el estado esté en manos del enemigo. La experiencia venezolana enseña que es posible pasarle por encima al poder y construir fuerza propias fortaleciendo la participación del pueblo. La participación en la disputa política por el gobierno nacional resulta además clave. Dice Houtart que desconocer la importancia del campo político puede ser, en el mejor de los casos, una forma de utopismo, y en el peor, la correspondencia con el proyecto neoliberal que pretende disminuir el poder del estado ¿cómo hacer una reforma agraria o política petrolera sin ejercer el poder?

El problema radica en cómo superar la desconfianza hacia los partidos, en cómo hacer política de una manera diferente. Pero hacer política es imprescindible. La vía electoral, la participación en parlamentos, ser gobierno, es parte necesaria de un camino para el proceso de construcción de poder, porque dota a las fuerzas sociales de un instrumento político de primer orden. Sin embargo, ni la participación electoral ni ser

gobierno es la finalidad última de la acción política. Este punto de partida define los métodos a emplear, además de la apertura a largos procesos de cambio. Cuando la participación electoral se da en inferioridad de fuerzas, tiene importancia como parte de un proceso de acumulación, como objetivo coyuntural.

La hipótesis es construir un amplio movimiento sociopolítico que articule las fuerzas parlamentarias y extraparlamentarias de los trabajadores y el pueblo, en oposición y disputa a las fuerzas de dominación parlamentaria y extraparlamentaria del capital (local-global). Se parte de una certeza sobre lo que no se quiere, el capitalismo; poco a poco, se construye la alternativa. Es inaceptable que la izquierda en gobiernos vaya haciendo suyo el neoliberalismo, abortando el proceso social. Por eso, la participación electoral se debe discutir, construir y articular con un proceso político amplio.

Como dice Mézáros que sin un desafío extraparlamentario orientado y sostenido estratégicamente, los partidos que se alternan en el gobierno pueden continuar funcionando como convenientes coartadas recíprocas al fracaso estructural del sistema para con el trabajo, confinando así efectivamente el papel del movimiento laboral a su posición de plato de segunda mesa, inconveniente pero marginable en el sistema

parlamentario del capital. Por consiguiente, en relación con el terreno reproductivo material y con el político, la constitución de un movimiento de masas extraparlamentario socialista es una precondition vital para contrarrestar el inmenso poder extraparlamentario del capital.

El problema no radica en lo electoral como tal, sino en cómo se implementa, dentro de qué estrategia, y cómo se construye estratégicamente desde lo electoral. Y esto supone pensar cómo es la relación entre estructura política y la mayoría del pueblo, los movimientos sociales, que deben dar cuerpo a una amplia fuerza extraparlamentaria de liberación.

Estar en el gobierno significa acceder a un instrumento privilegiado para impulsar la formación y maduración del sujeto revolucionario. Además de lo estratégico, la participación electoral tiene objetivos propios a no subestimar. Si el esfuerzo fracasa, hay que analizar de dónde proviene el fracaso, porque también puede significar un fortalecimiento de lo popular y estratégico. La experiencia de Pachakutik, de Ecuador, deja una gran enseñanza, retirándose del gobierno cuando este renuncia al acuerdo base del ejecutivo.

Frente político-electoral

La construcción del movimiento político-social resulta estratégica; es el soporte político-cultural de los cambios posibles. No es equivalente al instrumento que se construya para la participación electoral; va más allá de esto. No se trata de una organización; es un amplio movimiento conformado por organizaciones políticas, sociales, intelectuales y ciudadanía comprometida no organizada. Su duración dependerá de las realizaciones políticas, en un proceso no cerrado. No hay que subestimar el papel del movimiento electoral. La meta es sumar y ampliar fuerza extraparlamentaria.

Las alianzas que den origen a un frente o coalición puede ser amplias y diversas. Es posible incluso trabajar con sectores centristas, pero sin relegar el protagonismo al pueblo y sin olvidar que esas diferencias existen, porque sino pueden revertirse contra el pueblo y la organización que impulsó la alianza. Porque los sectores que no comparten los objetivos estratégicos, generalmente no olvidan, ni diluyen en acuerdos coyunturales sus intereses estratégicos (sectoriales y de clase), en aras de los cuales llegaron a esa alianza. La situación política actual de Brasil, resulta –en todo sentido– un ejemplo muy claro de ello.

Todo esto supone un nuevo tipo de democracia, un nuevo tipo de relación sociedad-estado-representa-

ción política, que impulsará un proceso de superación de la enajenación humana en la construcción de un nuevo modo de vida humana, digno, solidario y justo. Y nada de esto puede relegarse para después de la toma del poder. El debate acerca de los actores-sujetos tiene que ver directamente con la búsqueda de la superación de la enajenación en todos los ámbitos de la vida social e individual para avanzar, poniendo fin a la barbarie.

Los saltos constituyen un componente esencial de la propuesta. Por un lado, porque dar el salto es posible, que no es necesario esperar a que estén dadas todas las condiciones para atreverse a lanzarse a la conquista de determinados espacios, como en este caso, el del gobierno. Por otro, es indispensable transitar por la dimensión saltada y reconstruirla en el nuevo tiempo, también desde abajo. Se trata de un tránsito en una dimensión nueva porque habrán variado las condiciones, la situación, la correlación de fuerzas, las intermediaciones entre los fenómenos. En conclusión: en la transformación de la sociedad, si un camino no se recorre antes de los saltos, debe recorrerse después, o no será posible consolidar el proceso y avanzar, el retroceso será inevitable, aunque ello ocurra setenta años después de la primera omisión...

2. CONSTRUCCIÓN DEL PROYECTO ESTRATÉGICO

Los movimientos sociales vienen protagonizando importantes luchas sectoriales y políticas. Y han surgido nuevos debates sobre la identificación del sujeto actual y la acumulación de poder. El debate se ha hecho complejo, entre otras cosas, porque pervive el pensamiento político tradicional.

Lo más relevante de este pensamiento es que la política sigue siendo considerada –de hecho– un estadio jerárquicamente superior en relación con las luchas sociales y la conciencia en ellas construida. Contraponiendo lo social a lo político, se pretende que tener conciencia política implica el abandono de la militancia social para dedicarse a la militancia política partidaria. Esta sería –supuestamente– la única vía para superar la conciencia economicista alienada y la enajenación en sentido general. En consecuencia, se declara al ciudadano común como incapaz de aprehender –sin el auxilio de los partidos– la totalidad social en la que vive, dado que —supuestamente—, sin el auxilio de los partidos no es capaz de trascender la cotidianidad que lo obliga a pensar en el día a día, en la supervivencia. Esto actúa como un bloqueo para reconocer la realidad e impide pensar y actuar a partir de ella.

Importantes movimientos sociales han logrado el desarrollo abriendo proceso de reflexión, formación, organización y propuesta; han ido identificando el carácter político de sus luchas sectoriales y descubriendo la necesidad de articularlas con otras luchas y actores. Son conscientes de la imposibilidad de lograr los objetivos con disputas sectoriales aisladas, de la necesidad de contar con una alternativa de superación del capitalismo.

Esto supone construir propuestas concretas que vayan construyendo nodos en la base. Luego, ir identificando los elementos centrales del proyecto alternativo común. De ello resulta el proyecto político, pero un proyecto que no está situado por encima, sino que parte de la realidad, de lo concreto. Esto significa que lo político no es jerárquicamente superior, que lo reivindicativo no es un defecto, que lo reivindicativo no tiene techo. La falta de articulación, por el contrario se traduce en la fractura de las luchas.

*Relación entre proyecto estratégico
y luchas reivindicativas*

Entre las experiencias de lucha y las posibles definiciones del proyecto estratégico se dibujan diversas posiciones.

Unos dicen que el proyecto será una realidad cuando las luchas particulares puedan referenciarse en una utopía (proyecto movilizador a largo plazo), pero no se construye a partir de las propuestas y aspiraciones de los actores concretos, sino que emergerá de nuevos paradigmas teóricos. Se separa el proyecto alternativo de las propuestas reivindicativo sectoriales, y se los contraponen entre sí. En esta perspectiva, habría dos mundos: uno real, de las resistencias, y otro, el de las ideas, que están en alguna parte. Para estos, el socialismo no se construye creativamente por las clases en lucha, sino que se construye en principios ahistóricos. Esta postura separa luchas, política e ideología, y más que conocer la realidad se constituye como un pensamiento dogmático. Para superar hay que retomar la revolución teórico-práctica realizada por el propio Marx. Quienes consideran que definir los objetivos y las tareas estratégicas que conformarán el proyecto alternativo, implica pasar “de lo particular a lo general”, tienen una confusión conceptual de base, porque el proyecto estratégico no es “lo general” ni las luchas reivindicativas son “lo particular”. El proyecto no está situado “por encima” de los intereses particulares, al contrario, es el único ámbito en donde estos intereses particulares pueden encontrar su real dimensión,

expresión y posibilidad de respuestas y soluciones integrales.

La creencia en que lo reivindicativo tiene un «techo», un tope en su desarrollo, es uno de los obstáculos político-culturales para la re-articulación de lo social y lo político. Teorizan que llega un momento que se agota y hay que “pegar el salto a lo político”. Este salto lo resuelven de diversos modos: Encontrando un referente partidario al cual «sumarse»; pasando directamente a la actividad político-partidaria; o convirtiendo a la organización social en partido. Nosotros creemos, por el contrario, que resulta ineludible –y es una tarea política importante–, construir los puentes que articulen las problemáticas reivindicativo sectoriales con la dimensión sociopolítica, para comprenderla y aprehenderla de modo integral social. Y ello solo puede hacerse cotidianamente, en la vida, en la comunidad, participando en cada conflicto.

Como dice Ceballos: “es necesario que la gente determine tanto la ubicación del problema como la búsqueda de soluciones, y aun determinándolas, que tenga la posibilidad de realizar un proceso de discusión y formación donde descubra que ese problema forma parte de otro, que, una vez resuelto, hay que enfrentar aquél, y que la victoria de éste es lo que da

fuerzas para resolver otros.” En el proceso de las luchas se abren las mayores posibilidades, y los actores se transforman en protagonistas cada vez más conscientes. Todo esto es parte del proceso de construcción de conciencia política. La articulación de lo reivindicativo y lo político abre un camino concreto de lucha contra la alienación política y por la democratización de la participación político-social protagónica los diversos actores sociales.

Marx explicaba, por ejemplo, que «la organización sindical y la organización política tienen una misma raíz: La defensa del salario, este interés común a todos ellos frente a su patrono, los une en una idea común de resistencia: la coalición. Por tanto, la coalición persigue siempre una doble finalidad: acabar con la competencia entre los obreros para poder hacer una competencia general a los capitalistas. Si el primer fin de la resistencia se reducía a la defensa del salario, después, a medida que los capitalistas se asocian a su vez movidos por la idea de la represión, las coaliciones, en un principio aisladas, forman grupos, y la defensa por los obreros de sus asociaciones frente al capital, siempre unido, acaba siendo para ellos más necesario que la defensa del salario. Hasta tal punto esto es cierto, que los economistas ingleses no salían de su asombro al ver que los obreros sacrificaban una buena parte del

salario a favor de asociaciones que, a juicio de estos economistas, se habían fundado exclusivamente para luchar en pro del salario. En esta lucha –verdadera guerra civil– se van uniendo y desarrollando todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, la coalición toma carácter político. [Marx. Miseria de la filosofía].

Otros, por el contrario, entienden que las alternativas existen ya en las luchas y en las propuestas de supervivencia y resistencia colectivas sectoriales. Lo que restaría por hacer sería conceptualizarlas y agruparlas en un programa. Esta perspectiva plantea dos riesgos. Uno, entender que el proyecto es el sumatorio de luchas particulares; otro, suponer que emergerá de manera natural de esas luchas particulares (espontaneísmo). Estos enfoques los suelen tener quienes rechazan el mundo político partidario, y reniegan de toda organización. También quienes reducen la construcción a la pura suma de cosas, dejando fuera el cuestionamiento del poder existente. Samir Amin apunta que el proyecto alternativo no emergerá de la sumatoria ecléctica, pues todas ellas reivindican su derecho en el sistema, esa es su función y su sentido como tales reivindicaciones.

En sus luchas, los actores van encontrando o descubriendo obstáculos, muchos de los cuales resultarán

insuperables. Es entonces, cuando la articulación les permite ahondar en el cuestionamiento social e ir descubriendo la totalidad del problema en la raíz del sistema. Esto es lo político: descubrir la raíz económica-política-social-cultural de los problemas sectoriales. Ir más allá de lo reivindicativo significa entonces contenerlo, pero no suprimiéndolo, sino articulándolo a una perspectiva política integradora.

Finalmente, otros plantean que las alternativas necesitan de un proyecto político que las articule, redimensione y proyecte hacia la perspectiva integral de transformación. El proyecto político alternativo será, en tal caso, la base de referencia política de los protagonistas de las luchas, de sus problemáticas, aspiraciones, sueños y esperanzas. Y se constituirá a la vez, en Norte y núcleo de acumulación político-ideológica. Para contar con un proyecto estratégico tal, no basta conceptualizar las propuestas que existen, ni sumar las reivindicaciones sectoriales. Se trata de adentrarse en la dimensión específicamente política de las luchas.

Dice Ceballos que «hacer política significa romper las reglas del juego que estructuran la sociedad en la que estamos viviendo, donde las leyes dicen una cosa, el gobierno hace otra, la gente hace otra y sólo se impone una ley sobre la base de la fuerza, cuando a un sector del poder le interesa. Hacer política implica,

además de romper esas leyes, crear nuevos esquemas de organización y participación social».

Por dónde empezar y qué hacer

Empezar no es partir de cero sino de lo construido, y apropiándose de las enseñanzas. Los pasos serían: 1. Elaborar propuestas concretas a los problemas reivindicativos sectoriales, como soporte de las luchas de ese carácter; 2. Articular las diversas propuestas concretas y –con ellas- a sus actores, sus problemáticas, identidades, aspiraciones e ideales; 3. Consensuar un programa (listado, esquema, bosquejo) de acciones comunes.

¿Cómo tender puentes entre las propuestas y luchas reivindicativas, el programa político de oposición, y conformar un proyecto estratégico? En otras palabras: ¿Cómo construir la alternativa desde abajo? Metodológicamente hablando el concepto “desde abajo” indica siempre la necesaria presencia de: proceso, construcción, articulación, tendido de puentes, participación, formación, partir de lo cotidiano inmediato, avanzar de lo pequeño a lo grande.

Partir de la situación existente

Actualizando permanentemente el diagnóstico de la relación capital-trabajo y las diversas modalidades de la subordinación real. Luego, dar cuenta de las diversas modalidades, vías y formas mediante las que se produce y reproduce la hegemonía del poder de dominación, particularmente, en lo que respecta a cómo éste constituye un tipo de subjetividad humana: cómo alimenta el individualismo e instala sentimientos de enemistad entre los seres humanos (por razas, sexo, nacionalidad, fortaleza física, belleza, color de piel, etc.), cómo provoca permanentemente sentimientos de frustración en la población al elevar sistemáticamente la meta de los ganadores (“winner’s”) y bajar la de los perdedores (“looser”), cómo se apropia de los sueños y las fantasías... Cómo todo acaba en tener dinero.

El método es siempre tomar como punto de partida “el análisis concreto de la situación concreta”. A partir de ello se podrán analizar en concreto las condiciones: posibilidades, obstáculos, necesidades, etc. y definir modos de interacción con la realidad concreta en la que se actúa.

Construir propuestas concretas

La apuesta por la construcción de conciencia supone pasos prácticos que entrelazan lo cotidiano y lo estratégico. En el caso de los conflictos sectoriales resulta importante articular las protestas con propuestas, es decir, enfrentar los problemas buscándoles una salida. De esta manera lo concreto encerrará un alto contenido político. Su inmediatez no constituye un límite natural. Apostar a hacerla realidad supone reconocer como necesario y válido el camino del diálogo y la negociación con el sector empresarial en cuestión, con el Estado para hacer valer la ciudadanía plena. La obtención de logros concretos es fundamental. Frente a quienes tachan esto de reformista, obtener logros es un indispensable camino de aprendizaje colectivo de lo que es ser ciudadanía, en un contexto donde este logro se ahoga por prácticas clientelares y paternalistas.

Los que apuestan al fracaso de las luchas reivindicativas apuestan al desencanto. Lejos de constituirse en la conducción política del cambio –como pretenden–, abonan el camino del reformismo y la sumisión de la población a la manipulación de políticos carentes de escrúpulos. El clientelismo se convierte –por esa vía– en el único camino efectivo para encontrar algún paliativo para la supervivencia. Con sus confrontacio-

nes sin salida impiden aprender y madurar, partir de su realidad. Hablan de confianza pero desconfían, y conciben los sectores populares como fuerza de lucha o masa de maniobra que debe responder a sus intereses y concepciones, y no como protagonistas. El vanguardismo, elitismo y sectarismo discriminatorio que dicha cultura encierra resultan insostenibles como modelo de organización.

*Construir poder desde abajo
es superar la lógica del todo o nada*

No es posible construir poder popular si la gente no conoce la capacidad de su poder. Ir al Estado con una protesta supone que tenemos propuesta, y esta propuesta es nuestro programa de lucha. No “pedimos” al estado, reclamamos un derecho. En esa confrontación la gente descubre que tiene cosas que hacer en política, y que si no hace política seguirá siendo mendiga (Ceballos).

La lucha reivindicativa es un proceso educativo

En el propio proceso se va poniendo de manifiesto la raíz sistémica del problema y también la dimensión y el alcance altersistémico (no antisistémico). Tener poder es un proceso multifacético y multidimensional, un proceso no lineal, de lo pequeño a lo grande. Todo

esto se articula al concepto de construcción, porque frente a la mitología del acto transformador –casi mágico–, las opciones, las soluciones, la conciencia y la participación, la ciudadanía misma, se construyen desde la comunidad, desde el lugar de trabajo y de vida de cada uno.

Distintos tipos de propuestas

Las propuestas son respuestas concretas que modifican el modo de vida de lo originado por la crisis de supervivencia y, a la vez, generan formas de vida solidarias. Tienen dos características: inmediatez y urgencia, y su carácter transitorio. No necesariamente se orientan hacia una transformación radical y sistémica de la realidad, aunque por su urgencia humana condensan un claro contenido y carácter político.

Propuestas reivindicativas. Son luchas por mejoras salariales, por la defensa de derechos laborales, por la reivindicación de la libertad sexual, etcétera. Pese a su inmediatez pueden permitir articulaciones con actores sociales y políticos. Están acotadas a los límites del sistema, y se las suele caracterizar como reformistas, pero ello tiene que ver con el horizonte que le establecen quienes las elaboran y no como una característica inminente.

Propuestas parabanés. Iniciativas de actores sociales diversos para abordar un tema central. No buscan cambiar el sistema pero tienen una gran significación. Pueden contribuir a crear condiciones sociales en la dirección del socialismo. Tienen un importante papel como freno a la barbarie irracional del capitalismo.

Propuestas pragmáticas alternativas. Son una base para la definición de un programa alternativo inmediato, con un alcance político y nacional con un profundo cuestionamiento al sistema. Por ejemplo, reforestación, política de tierra, soberanía alimentaria. Una de las principales dificultades para proponer soluciones radicales, precisamente, es la hasta ahora escasa capacidad de elaboración de este tipo de propuestas concretas por parte de los movimientos sociales. A la vez, hay que reconocer que son los que mayor claridad han aportado en este sentido, con experiencias positivas muy ilustrativas y enriquecedoras. Entre las organizaciones político-partidarias de la izquierda este déficit es mucho más pronunciado y evidente, pues el empleo recurrente de la denuncia ideológica como supuesto método de concientización de las masas empleado durante décadas, se ha transformado hoy en una barrera cultural, pues ahora se trata de pensar desde y para una lucha política de clases, con-

creta y efectiva de construcción-acumulación de poder propio.

Cómo construir el proyecto alternativo

El punto de partida sería: buscar las dimensiones estratégicas de las propuestas reivindicativo-sectoriales y de emergencia social, de las propuestas “parabanes”, y de aquellas programático-alternativas, identificar los nexos y mediaciones que permitan articularlas, y –sobre esa base- avanzar en definiciones estratégicas. Este aspecto resulta clave. La tendencia mayoritaria todavía contrapone el proyecto alternativo con las propuestas concretas, se fragmenta lo reformista y lo revolucionario. No existe, salvo en el plano estrictamente analítico, una diferenciación exacta entre las propuestas de corto, mediano y largo plazo. Articuladas dibujan el proceso de transformación. La diferenciación y distensión es necesaria, para identificar nexos y transiciones. Es importante encontrar vasos comunicantes, diferenciando los objetivos estratégicos con los pasos concretos. Esta construcción colectiva es la base material de la utopía. Alrededor de ello es posible identificar también la contribución de cada uno al proyecto. El proyecto es lo que cierra o anuda el sujeto, el poder y el proyecto. Entre estos componentes esenciales del proceso sociotransformador

existe una estrecha interdependencia. Esto significa, por un lado, que es imposible alcanzar la madurez de alguno de ellos por separado. Por otro, que la simple reunión formal de los actores res-sujetos no es la que los constituirá en protagonistas de su historia, ni la sumatoria de reivindicaciones sectoriales dará como resultado el proyecto alternativo. Todo esto supone una labor concreta y cotidiana y se expresa mínimamente a través de la solidaridad activa con sus luchas y resistencias.

Herramientas ideológicas para la articulación

Identificar los elementos aglutinantes. Se trata de definir cuáles son los vasos comunicantes entre las problemáticas de unos y otros. Así se realiza la base de una articulación entre dos o más actores sociales porque su materialización puede resultar de interés común. Un nodo articulador puede conformarse también a partir de acciones solidarias, apoyo material y moral, realización de tareas. Se trata de empezar por lo pequeño, por lo vivencial, elementos que se relacionan con las vidas cotidianas. Hay que buscar canales orgánicos e inorgánicos para trascender la sectorialidad y llegar a los diversos sectores sociales potencialmente interesados. Por ejemplo, en los 70 era posible pelear de igual a igual con una patronal, pero hoy no hay ninguna

posibilidad de hacerlo si no se convierte en una necesidad de la comunidad.

Conjugar los por qué y los para qué

Resulta importante que todo colectivo en lucha comprenda claramente las razones y los fines de determinada acción. Es preciso acompañar la acción con una propuesta construida colectivamente, porque contribuye a la apropiación por parte de la mayoría de una conciencia colectiva, de empoderamiento. Dice Guevara: “Nos consideramos con derecho a plantear la solución de los problemas que vivimos cotidianamente, para que la asuma el gobierno junto con la comunidad y algún que otro sector. Implica movilización, producción intelectual, reflexión, diálogo, negociación... Es decir, no encasillarnos para defender la propuesta. La negociación no puede entenderse sólo como claudicación o como aceptación de la idea del otro. Ante todo implica el reconocimiento de los sujetos.

Participar como protagonistas

La participación tipifica la articulación sociopolítica, tanto en la definición del método de lucha, de objetivos, alcance de confrontación.

Identificar los nodos-medios para la construcción de redes. Esclarecer los problemas comunes a varios sectores o actores. Esta labor comienza en el interior de un mismo sector para proyectarse de allí a los demás. La atomización social es tan grande que penetra también en el individuo mismo imponiéndole una forma de ser divorciada u opuesta respecto a su forma de pensar, con la finalidad de transformar al ser humano en un animal de consumo manejado por el mercado, y enemigo de todos aquellos capaces de cuestionarle o disputarle su capacidad de consumo. La insolidaridad es la base de este ser mercantil explotado por el neoliberalismo, mientras que su esencia como ser social que es, consiste en ser solidario. El nodo-base de una articulación posibilita la formación de redes mayores, a partir de identificar (y construir) nodos articuladores intermedios (nodos-medios). Por ejemplo, la articulación de la relación entre empleo-desempleo con la relación entre la ruina de los pequeños productores agrícolas y la emigración a las ciudades.

Identificar el problema centro

Identificar el problema que atraviesa el modo de vida de unos y otros, que se da de un modo “natural”. El problema centro puede invisibilizarse públicamente, pero el conflicto central no necesariamente es el pro-

blema centro. Este problema centro constituye un problema nacional, o continental, y con su identificación es posible articular a una diversidad de actores sociales. La CTA, por ejemplo, define al trabajo como problemática central. Esto rescata no sólo a los ocupados, sino también rescata socialmente al desocupado como un trabajador, y contribuye a recuperar su identidad y dignidad. El problema centro, por otra parte, no es sinónimo de “eje central” del conflicto social. Hay momentos de coincidencias, entre el problema centro y el eje central, pero no necesariamente.

Partir de la cotidianeidad de la población

Teniendo en cuenta que en lo cotidiano se producen y reproducen los valores , y por ello es el espacio por excelencia para la internalización y reproducción de la ideología de dominación. La potencialidad transformadora radica en el espacio ovulario, la vida y la organización de la familia. La familia debe modificarse a sí misma, en tanto gestante de ese nuevo ser humano, de esa nueva sociedad y de ese nuevo mundo. El ámbito comunitario, por su parte, cobra cada día más importancia tanto en la lucha por la supervivencia como en la construcción de redes sociales e interfamiliares.

Es fundamental sentir que ese otro mundo se relaciona con lo que construimos cotidianamente. La ideo-

logía del cambio es un proceso vivo, no un dogma establecido por una vanguardia partidaria. Los movimientos sociales no son portadores de una ideología implantada desde el exterior, ni se puede seguir pensando en ellos como correa de transmisión. La acción política debe rescatar las enseñanzas, propuestas y valores que esos movimientos van desarrollando.

Componentes del proyecto

Entre los componentes del proyecto debemos contar: (1) Las experiencias históricas de lucha contienen elementos de la utopía que buscamos. Por ejemplo las gestas nacionalistas, independentistas. (2) Están después las experiencias de construcción popular alternativas, las sectoriales y las que sirven de fundamento al programa político. Esto contribuye a desdramatizar el tema del proyecto y comprender que la nueva sociedad se va perfilando en las alternativas concretas, articulándolas en un proyecto que les dé coherencia. Dice Houtart que las utopías no son ilusiones sino un proyecto movilizador enraizado en lo real. (3) Las experiencias participativas de los gobiernos locales. (4) La cultura generada en las resistencias y las luchas populares.

3. PROYECTO ESTRATÉGICO Y PROGRAMA POLÍTICO

En la etapa actual suelen abrirse situaciones políticas ambivalentes. Entonces, aunque el proyecto estratégico no esté elaborado, el periodo podría resultar convergente con el proceso de acumulación. La posibilidad radica en un programa alternativo. La vida se juega ahora y esto obliga a pensar estratégicamente en la supervivencia, buscando los elementos comunes que permiten articular actores sociales. Tales coordinaciones podrían ser un paso hacia los frentes nacionales populares a favor de la vida, el trabajo, la educación, los alimentos, la naturaleza.

Hay que diferenciar entre proyectos de partida y de salida. Los proyectos de partida ponen su énfasis en paliar la problemática social de la coyuntura condicionados por la correlación de fuerzas existente. Este programa de partida lleva a la construcción de un programa político, sea de oposición o de gobierno.

En interacción con ello, está el proyecto estratégico o proyecto de salida. La transición entre partida y salida no es natural ni espontánea o inevitable. Es preciso estar atentos al advenimiento de la posibilidad u oportunidad. Se trata de sucesos no planificados que modifican repentinamente las correlaciones de fuerza y de poder. Se abren posibilidades para que las luchas

sociales impongan sus propuestas, o, si no están en condiciones de ello, al menos para aliarse o apoyar a una fuerza política. Dicha oportunidad, a diferencia de la acumulación política orgánica, es algo que sucede. En medio del caos, sin que maduren todas las fuerzas en su seno, transforma la tendencia en oportunidad histórica. La coyuntura abre el campo, abriendo un período en que es posible (no inevitable) robustecer las fuerzas propias, ampliar la capacidad de comunicación y diálogo, consolidar las organizaciones y construir propuestas concretas.

Un ejemplo de todo esto es la llegada de Kirchner al gobierno argentino. El no pretendía ser un gobierno de transición hacia transformaciones radicales, pero resultó una oportunidad que abrió posibilidades. Resulta vital no confundir deseos con realidad y no perder de vista la correlación de fuerzas. La posibilidad abre puertas pero no garantiza.

Por lo tanto, hay que aprender a vivir con la incertidumbre. Esto exige trabajar con conceptos abiertos. Lamentablemente, nuestra estructura de pensamiento fue construida con fundamentos lineales. Así por ejemplo, el concepto de estrategia, en los 60 y 70: parecía que diseñada la estrategia correcta ella traería sin más la victoria. Las estrategias, sin embargo, no son en sí mismas las posibilidades de cambio, sino una puer-

ta hacia el cambio. Las estrategias solo pueden ser tales, concebidas como proyectos en construcción, como insinuaciones prácticas que contribuyen a impulsar procesos, a orientar nuevos pasos, que hay que actualizar y enriquecer constantemente abriéndolas a las experiencias y posibilidades de la vida, de las luchas, de las construcciones y la creatividad sociales. Debemos estar abiertos y dispuestos a comprender los procesos que los pueblos inventan y construyen. Sin ello, hablar de nuevo pensamiento estratégico es pura retórica.

4. SUJETO SOCIAL, POLÍTICO, HISTÓRICO

Millones de trabajadores han sido expulsados del proceso productivo. Por otro lado, junto a nuevas formas de subordinación real y formal del trabajo al capital, han surgido nuevos actores sociales: campesinos, pobres, inmigrantes, indocumentados, defensores de los servicios públicos o el medioambiente. Todo ello anuncia la gestación de un nuevo sujeto histórico en lucha contra el neoliberalismo. Los conocidos Foros son espacios de encuentro de movimientos sociales que no tenían antes vínculos que han permitido avanzar en la conciencia colectiva. En esos ámbitos y en las luchas locales va forjándose la conciencia de que lo

que sufre cada uno tiene su raíz en el capitalismo, como fundamento irracional destructivo.

Por lo tanto, reconociendo el papel histórico de la clase obrera, es necesario repensar su papel social actual. La clase no desempeña la función revolucionaria de avanzada. Sigue reuniendo en sí, potencialmente la capacidad para transformarse en núcleo central articulador y promotor de la transformación social superadora del capitalismo, pero es una potencialidad que no ha despertado a la vida práctica. Hoy es imprescindible dar cuenta del actual proceso de emergencia y conformación de un nuevo sujeto histórico, conformado por la clase y los nuevos actores sociales. Y ello implica un debate entorno a la relación clase-sujeto, tradicionalmente adjudicada la clase. En el caso de América Latina, la relación sujeto-clase-pueblo.

Hipótesis y consideraciones centrales

Para Marx, el problema central era superar la enajenación humana. Con él desaparece la discusión filosófica del sujeto en general, ya que descubre en las raíces de la enajenación un sujeto social e históricamente situado capaz de superarla, que es la clase obrera. De ahí la identidad sujeto clase. Interesada directamente, lucharía para liberarse de todas las enajenaciones. Al liberar a toda la sociedad, la clase llevaría adelante el progre-

so histórico definido a partir de sus propios intereses. Esta correspondencia clase-sujeto es, el punto que hoy está en discusión: ¿se da hoy realmente esa correspondencia?

Entendemos que hoy no se da esa correspondencia. En primer lugar está la discusión sujeto-clase-pueblos originarios. En nuestras latitudes se ignoraron además el campesinado, los pueblos originarios y otros sectores sociales donde conviven diferentes sistemas económicos. Por eso, el análisis de la fractura entre partidos y actores no es una discusión solamente de la fractura partido-clase. Porque hubo desconocimiento, ocultamiento y rechazo de una parte importante de los actores sociopolíticos concretos. En segundo lugar, es preciso observar la devastación del capitalismo actual, multiplicando la fragmentación de la clase obrera. Se ha perdido poder económico, social, político y cultural, así como de los sindicatos. Trabajadores informales, desocupados, campesinos, sin techo... están ahí. La clase obrera es así heterogénea en su modo de existencia, en sus modos de organización y en sus problemáticas. Para recomponerse necesita rearticularse interiormente. Lo que sabemos en cualquier caso es que su supervivencia está ligada no a su alianza con el capital sino con los sectores sociales populares.

Por lo tanto no se trata sólo de rearticular el brazo industrial con el brazo político. Los partidos no están sólo separados de la clase, sino también del pueblo expoliado y marginado. Nuestras sociedades complejas desafían nuestra creatividad y llaman a analizar la problemática del sujeto (de los actores-sujetos), por un lado, dando cuenta de nuestra diversidad étnica, socioeconómica y cultural, y de la fragmentación social actual producto de la aplicación del modelo neoliberal y, por otro, rearticulando –simultáneamente- en uno solo, el sujeto social, político, histórico, constructor del futuro latinoamericano. Las interrogantes abiertas serían: ¿Se puede hablar de sujeto del cambio en sociedades tan fragmentadas socialmente?, ¿hay un sujeto o son varios?, ¿quién o quiénes lo representan o referencian?, ¿cómo recomponer el sujeto fragmentado?, ¿qué relación guardan los actores sociales con los partidos políticos de izquierda?, ¿se trata de un sujeto social diferenciado del sujeto político?, ¿son dos sujetos o es uno solo?

En Latinoamérica no existe ningún actor social que pueda erigirse por sí sólo en sujeto de transformación. Este por lo tanto será un sujeto plural articulado en un sujeto popular, que contenga viejos y nuevos actores, en procesos de maduración colectiva y conscientes de

sus fines sociohistóricos. Hombres y mujeres del pueblo que irán decidiendo qué cambios es preciso hacer.

No existen sujetos a priori. Es en el proceso mismo que se revela esa condición latente en los oprimidos. Ser sujeto es una resultante de la propia actividad teórico-práctica. El sujeto se revela presente como ausencia, es responder positivamente a esa ausencia, porque esa ausencia es una exigencia. Como señala Dussel: el sujeto aparece en las crisis. Surge en y ante los sistemas, mostrando su irracionalidad desde la vida negada de la víctima. Un sujeto emerge, se revela como el grito para el que hay que tener oídos para oír. En este sentido el sujeto es el límite del mundo que existe, a la vez que anticipación del otro que imagina y construye.

El sujeto popular es la resultante de un modo de interarticulación. Va más allá que la reunión cuantitativa de actores. Supone ampliar los contenidos de las luchas y ampliar las dimensiones de las mismas hacia los fundamentos mismos del sistema de dominación. En esta perspectiva la liberación llega a ser la recuperación de ser humano como sujeto.

Los procesos locales tenderán a articularse en un proceso global. Ello puede advertirse ya en encuentro internacionales como los Foros. La articulación orgánica sindical internacional por grupo empresario, por

ejemplo, está muy rezagada, por no decir que es inexistente. Lo mismo ocurre con la creación de centrales sindicales de nuevo tipo, que se abran a la realidad de fragmentación de la clase y la sociedad.

La necesidad de articulación comprende también el ámbito de las subjetividades. La subjetividad es más que conciencia. Es el vivenciar lo que acontece en la realidad. Contiene la conciencia pero no se reduce a ella. Su identificación forzada empobreció las reflexiones al no analizarlas más allá de la conciencia de clase. Tiene que ver con el cuerpo, como lo no consciente, los sueños. Interesa destacar aquí la interrelación entre los actores sujetos y sus subjetividades. Atender ámbitos donde la subjetividad se constituye resulta indispensable para pensar la transformación social.

La conciencia política no viene dada, sino que se van construyendo en el proceso de lucha, a través de las prácticas y se la van reapropiando mediante procesos colectivos. Así, la conciencia colectiva no es el reflejo mecánico de las estructuras económicas. Asimismo, la conciencia política no puede ser introducida en las personas. No es cierto, que la lucha reivindicativa frene la conciencia, está en la capacidad de las organizaciones cómo la gente convierte en un triunfo sus propios errores y derrotas. Sostener esto supone polemizar y contradecir el pensamiento de Lenin expresa-

do en su obra «¿Qué hacer?». Para Lenin, el portador de la ciencia no es el proletariado sino la intelectualidad burguesa. De modo que la conciencia socialista es algo introducido desde fuera.

Kautsky emplea la expresión «automáticamente» en el sentido de reflejo, y por tanto combate la creencia espontaneísta de que la conciencia se obtendrá «automáticamente» (como reflejo en la conciencia) de las condiciones de vida y las luchas de clases. Y en ese sentido tiene razón, solo que no es suplantando a los protagonistas como se superan las tendencias espontaneístas. Lenin está señalando dos fenómenos: por un lado, que la formación histórica de los componentes científicos se realizó por intelectuales (como Marx y Engels). Esto ocurrió realmente así, lo que sucede es que posteriormente esto fue absolutizado y extrapolado para todas las épocas. Por otro lado, hay que tener en cuenta el desarrollo del capitalismo en Rusia: la mayoría de la “clase obrera” era campesina y analfabeta. En América Latina, sin embargo, han germinado otras miradas, como la de Mariátegui; en Cuba la de Juan Antonio Mella. Este dedicó sus esfuerzos a acortar las distancias culturales entre intelectuales y obreros, partiendo de que la conciencia no le será dada a los pueblos desde las alturas.

En los años 60, será Paulo Freire el referente de esta educación popular. Destaca de qué manera no sólo existe un saber popular, sino que el propio educador necesita ser educado. El aprendizaje así no es un proceso externo, no existen verdades absoluta. Todo educador está penetrado por la lógica mercantil, necesita ser educado.

5. NUEVO TIPO DE REPRESENTACIÓN Y ORGANIZACIÓN POLÍTICAS

Al plantearse la problemática de la conducción de los procesos sociales de transformación de la sociedad, ya no es posible pensar en una reedición de lo que fueron los partidos de vanguardia; la actual estrategia de construcción de poder plantea tareas políticas imposibles de asumir por una organización política, menos aún, de esas características. Por eso no basta con ampliar el supuesto lugar de vanguardia y en vez de un partido plantearse reunir como tales a cinco o seis; el desafío es construir una dirección política colectiva, que lejos de ahondar la fractura entre lo social, lo político y sus actores, los integre, articule y cohesione.

No coincidimos con los enfoques de algunos intelectuales que convocan a la izquierda partidaria tradicional a democratizarse y reconocer como parte de la izquierda a lo que ellos denominan “izquierda social”,

para organizarla alrededor suyo. En tal caso, la propuesta se limita a sumar la “izquierda partidaria” y la “izquierda social”, pero subordinando jerárquicamente lo social a lo político, es decir, manteniendo la división entre lo político y lo social. El movimiento político social es una fuerza capaz de oponerse al capitalismo y construir una alternativa, un poder y una cultura propios. Esto va más allá de un frente; se adentra en una nueva dimensión que unifica lo social y lo político. Por eso, la nueva organización debe ser horizontal, flexible, abierta, plural, articulada en redes. Se trata de fundar un nuevo tipo de organización política, capaz de impulsar el desarrollo de esa amplia fuerza social para construir juntos la expresión parlamentaria capaz de disputar gobiernos.

Simultáneamente es preciso avanzar en la construcción de un programa político de oposición o gobierno propio. Ello supone necesariamente cambiar las relaciones tradicionalmente instaladas entre los partidos de izquierda y las organizaciones sociales o de masas y los movimientos sociales (y al interior de cada uno), construyendo nuevas formas de interrelación sobre la base de la democracia y la participación.

La representación política sintetiza el despojo de los derechos políticos ciudadanos, reclama la delegación de las facultades políticas ciudadanas. Los derechos

quedan minimizados al acto electoral. Los partidos políticos obreros, también el leninista, espejaron en su modo de funcionamiento la estructura política subyacente (el estado capitalista burocratizado) a que estaban sujetos. El centralismo democrático desnudó el rostro verticalista autoritario de una democracia centralista, aunque popular en su intención y definición. En ese contexto las organizaciones sociales fueron concebidas y desarrolladas como correas de transmisión de las decisiones partidarias. Reproducir la lógica del adversario, impidió a tales partidos buscar y dar forma a una alternativa propia. Centrados exclusivamente en la dimensión política del adversario permanecieron absolutamente dependientes de su objeto de negación. Lejos de caminar hacia la eliminación de la enajenación política de los representados (síntesis de todas las enajenaciones sociales), la afianzó y multiplicó a partir de recrear la fragmentación entre lo social y lo político, y la subordinación jerárquica de los actores sociales a los políticos. Esta dinámica de despojo-delegación no sólo influye al final en el núcleo dirigente sino que afectará a los propios militantes y a la ciudadanía.

Con la constitución de los partidos políticos obreros –bajo la forma de la división del movimiento en un «brazo industrial» (los sindicatos) y un «brazo políti-

co» (los partidos socialdemócratas y vanguardistas)—, la defensiva del movimiento se arraigó todavía más, pues los dos tipos de partido se apropiaron del derecho exclusivo de toma de decisión, que ya se anunciaba en la sectorialidad centralizada de los propios movimientos sindicales. Esa defensiva se agravó todavía más por el modo de operación adoptado por los partidos políticos, cuyos éxitos relativos implicaron el desvío del movimiento sindical de sus objetivos originales. Pues en la estructura parlamentaria capitalista, a cambio de la aceptación de la legitimidad de los partidos obreros por el capital, se hizo absolutamente ilegal usar el brazo industrial para fines políticos (Mészáros).

A la larga esa fragmentación se tradujo en la separación entre organizaciones políticas y sindicales que sirvió de plataforma constitutiva funcional a los partidos de izquierda que se mantiene hasta la actualidad. Por todo ello, el debate acerca de la relación entre lo político y lo social trasciende la cuestión de las formas organizativas: supone la reapropiación por parte del pueblo de la política y lo político. Los pueblos buscan caminos para representarse. La democracia directa se abre paso, se trata de encontrar los nexos para articular las formas participativas y representativas de la ciudadanía.

La unidad como camino y premisa

La unidad es la premisa para la constitución del sujeto popular. Una lógica de unidad que debe reconocer las diferencias, porque el camino contrario conduce de la diferenciación al antagonismo y la ruptura. No se aspira a la uniformidad y unicidad del pensamiento ni de las propuestas ni de las organizaciones. Se reconoce la verdad como una resultante histórico-social y se expresa fragmentadamente.

Características de la organización política

(1) La organización política es instrumental. Lo organizativo está en función del proyecto y las tareas. Los congresos ya no pueden dar la línea. Más importante es que sinteticen el pensamiento colectivo y orienten las tareas. Es el pueblo organizado quien crea, decide y construye. (2) El sujeto es irreductible a la organización. La organización puede entrar en contradicción con el sujeto si se separa de él. Y no puede haber sujeto político separado del sujeto histórico. (3) Hay que repensar la relación política y orgánica entre partidos y movimientos sociales. Sin subordinaciones jerárquicas, sin vanguardias iluminadas, ni sujetos de primera y segunda. La apuesta es construir redes, superando

las relaciones verticalistas, sin imponer políticas ni suplantando los procesos colectivos.

(4) Ser de izquierdas es una actitud práctica revolucionaria de lucha contra la hegemonía y la dominación del capital. La izquierda, en este sentido, comprende a todos los que se oponen al sistema neoliberal.

Nuevo tipo de militante

El nuevo militante modifica su modo de ser y actuar hasta ahora, que era llevar las ideas y propuestas del partido hacia la población. Es preciso invertir dicha lógica, concertar voluntades diversas, abrir espacios protagónicos y capacitarlos. Sin organizar al pueblo no se va a ningún lugar, y muchas veces se ilusiona con eternas reuniones de cúpula o meros discursos explicativos acerca de la coyuntura. No basta con la movilización de los activistas, hay que convocar a los millones que no están. Esto requiere prácticas horizontales, en el pensamiento y en la acción. Invirtiendo la correa de transmisión partido masa.

6. OTRAS TAREAS ESTRATÉGICAS

Batalla cultural

La cultura política de la izquierda acuñada en el siglo XX aún prevalece, incluso en aquellas organizaciones que propugnan lo nuevo. Dar la batalla cultural es imprescindible porque el terreno de la cultura es un terreno privilegiado del poder para afianzar ideológicamente sus conquistas y proyectos. Es preciso discutir palmo a palmo la lógica del capital. Esto incluye al terreno semántico, dado que se apoderan y transformar conceptos de la izquierda para pervertirlos y desnaturalizarlos. No puede subestimarse, por otro parte, el hecho de que muchos argumentos forman parte del sentido común de la población. En el terreno ideológico no existen espacios vacíos, lo que no es ocupado por la ideología revolucionaria es ocupado por la ideología reaccionaria.

Cada día resulta más necesario discutir la presunta racionalidad del sistema. No se trata de una disputa entre buenos y malos: es ideológica pero no ideologista. Se trata de que las ideas y valores que encarna el frente amplio se conviertan en el sentido común de todos. La coherencia entre medios y fines, la creación y construcción de modos de vida diferentes a los de

capital, contribuirán a darle un fundamento material y espiritual. Hay que tener en cuenta los símbolos que se emplean en la protesta, e identificar entre ellos cuáles son los que contribuyen a construir o consolidar identidades. “La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del Mito”, dice Mariátegui.

Subjetividad

Construir una nueva subjetividad supone construir una ética humana, social y solidaria. La atomización y precarización laboral conlleva una fuerte inyección de individualismo, vinculado irracionalmente a la supervivencia, lo que lleva a ver a nuestros pares como enemigos competidores. Es preciso instalar otro imaginario social. El socialismo del siglo XXI debe rescatar los valores y aportes positivos de las experiencias socialistas del siglo XX y superar a su vez las deficiencias en el terreno de la democracia, disputándole los sueños y las fantasías al capital.

Pensamiento transformador

Un pilar fundamental del nuevo pensamiento está en nutrirse de las experiencias histórico-sociales de

luchas. También son de interés las enseñanzas de las luchas anticapitalistas del siglo XX en general, así como actualizar los aportes teóricos filosóficos de Marx, Engels, Lenin, Luxemburgo, Gramsci, Luckacs, Korsch, Freud, Althusser, Foucault, Mariátegui, Mella, Varela, Ingenieros, Ché, Dussel... La batalla cultural se realiza primero en nosotros mismos. Es necesario dudar de nuestras propias certezas, e impulsar procesos de reflexión y formación en todos los ámbitos.

Es preciso recuperar a Marx

Al articular el pensamiento filosófico y la práctica sociotransformadora, la revolución teórica realizada por Marx y Engels presupone la revolución práctica. No hay apriorismo en Marx. Él busca explicaciones a los fenómenos de la vida social de su época, tratando de proyectar, a su vez, las luchas de los movimientos sociales (obreros y campesinos) de entonces hacia una transformación radical y eficiente de la realidad. Esta articulación revolucionaria tiene en el concepto de práctica sociotransformadora el nudo central.

Incorporar la perspectiva de género

Pensar el poder y los caminos de su transformación desde abajo conlleva rechazar la supuesta neutralidad

de la ciencia política que, en algunos casos, no expone sus presupuestos reales de partida o, en otros, aunque lo haga, no logra superar el horizonte abstracto liberal burgués al no dar cuenta de los fundamentos últimos de la discriminación y subordinación mujer-hombre, débil-fuerte, sobre los que se asienta el poder desnudando su contenido patriarcal-machista. Esto alude a cuatro elementos importantes a tener en cuenta: El poder no es sólo político sino también económico, social, cultural, moral, religioso. Y en estos campos, los procesos de tomas de decisiones son más complejos y menos transparentes que en la actividad política, por lo que suelen parecer también menos políticos o no políticos. El mundo de lo privado es parte del político y como tal, susceptible de convertirse en político. Las luchas por la democratización de las sociedades, para ser verdaderamente populares, equitativas y revolucionarias, deben incorporar la democratización de las relaciones hombre-mujer en lo público y en lo privado. En consecuencia: Las luchas de las mujeres en contra de su discriminación y marginación no son exclusivas de las mujeres, atañen a la democratización de toda la sociedad. Esto supone la transformación radical del poder, por lo que es, a la vez que una reivindicación sectorial, una lucha política.

DÓNDE DESCARGAR EL LIBRO

<http://www.scribd.com/doc/19510748/Sujetos-Policos-Isabel-Rauber>

QUIÉN ES ISABEL RAUBER

Doctora en Filosofía, Directora de Pasado y Presente XXI, Investigadora adjunta del Centro de Estudios sobre América, Profesora Adjunta de la Universidad de La Habana.

Ha realizado estudios de sociología política, análisis de coyuntura, memoria histórica, ensayos filosóficos y estudios antropológicos de movimientos sociales, barriales, sindicales, indígenas y de género.

Educadora popular de los años 70, comparte sus labores de investigación con tareas de formación e intercambio de experiencias entre los movimientos sociales de América Latina y el Caribe. Ha participado en numerosas Conferencias, Eventos y Seminarios Nacionales e Internacionales.

Ha publicado artículos, reseñas y más de dieciocho libros en Cuba, Argentina, Perú, República Dominicana, México, Colombia, España, Italia, Suiza y Alemania. Entre ellos Proyecto, Sujeto y Poder; Hijas del Sol, Construyendo Poder desde Abajo; Una Historia Silenciada; Vírgenes sin Manto; Con el Corazón Abierto; Género y Poder; Tiempo de Herejías; Acores sociales, Claves para una Nueva Estrategia; Romper el cerco, Movimientos sociales y representación política, y otros.

Es Profesora e investigadora temas de movimientos sociales, interculturalidad y participación ciudadana en Universidad Nacional de Lanús; Asesora en Formación y Estudios con Movimientos Sociales en Instituto Nacional de la Administración Pública.

